

## La imaginación de Borges y los espejos

### La «explosión borgeana»

Néstor Amílcar Cipriano

Ya se puede hablar de una «explosión borgeana», («explosión» que es un quedar para siempre). Para explicarla existen respuestas, pero creemos que hay una prevaleciente: Borges es un gran significador. También se destaca, por cierto, la ejemplar calidad de sus formas. Se reitera: es un gran significador. Piensa y ahonda el pensamiento. Dice, reflexiona, trasciende. No puede no significar. Su literatura, además del estético, deja el saldo del significado fecundo. A veces, ante ello remodela la metáfora para que se advierta un decir directo. Pero he aquí su secreto: sin dejar de sugerir como metáfora. Opina Amado Alonso que «se busca el sentido en el empleo de los giros» (*Estudios lingüísticos*). Borges da respuestas a la inquietud de Carlos Bousoño: «Deseo dilucidar la significación de los procedimientos de la poesía para obtener la explicación de ésta» (*Teoría de la expresión poética*).

Borges crea mientras interpreta. O interpreta mientras crea. Su imaginación no se detiene. Y no se detiene, por ejemplo, ante el espejo o ante el laberinto. Guardan relación. Una extraña relación. Nos dirigimos, pues, al tema —por cierto, en parte— del espejo en Borges.

Dice Heráclito —nos ajustamos a una de las versiones— que «no nos bañamos dos veces en el mismo río». Al aproximarnos a una paráfrasis, podemos afirmar: en el espejo, no nos vemos dos veces el mismo rostro. Porque el tiempo todo lo cambia. Es posible agregar: el tiempo general y el tiempo del espejo.

¿Qué es el espejo? Tal vez, una irrealidad que refleja la realidad. La realidad se enmarca en el espejo, pero mediante éste va más allá. Precisamente, ese «más

allá» tipifica al espejo. Parece que tuviera un espacio secreto dentro del espacio circundante. Y un tiempo propio.

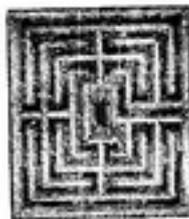
Una de las características del tiempo es la continuidad, el paso inexorable. Se desgrana en los instantes. Se desgrana en ellos y, a la vez, se forma. En el espejo, hay una quietud temporal en que los instantes parecen estar en una permanente espera.

Quien se mira, está en el espejo. Y no deja de estar frente a él. Por ello, reflexiona Wittgenstein: «Me miro en el espejo. Puedo ver mis ojos. Pero no puedo ver el yo que ven mis ojos» (*Investigaciones*). Es posible adecuar esta afirmación con sustancia de interrogante y expresar: en su época de no ceguera, Borges, frente al espejo, pudo ver sus ojos. Dice Borges: «A veces, en las tardes una cara/ nos mira desde el fondo de un espejo» («Arte poética», *El hacedor*). En la composición «Los espejos» (*El hacedor*), casi describe: «Espejo de metal, enmascarado/espejo de caoba que en la bruma/ de su rojo crepúsculo disfuma/ ese rostro que mira y es mirado».

La imaginación inmedible, incesante de Borges constituyó sus ojos para siempre. La ceguera fue vencida. Pero la imaginación borgeana no expresa conceptos inalcanzables. En sus temas, hay un sentido en el cual el razonamiento encuentra respuestas. Borges concibe que el lenguaje traslaticio no es tan traslaticio, sin dejar de serlo.

Expresa Borges: «En mi casa, había un mueble con tres espejos. Yo tenía miedo a que alguno de esos reflejos se pusieran a vivir por cuenta propia» (Centro Cultural San Martín, 2 de marzo de 1985). La manifestación «se pusieran a vivir por cuenta propia» es el reconocimiento de una vida no independiente sino integrada. Para tener vida integrada, hay que ser aliado del tiempo.

Expone Borges: «Yo conocí de chico el horror de una multiplicación espectral de la realidad, pero ante los grandes espejos. Su



infalible y continuo funcionamiento, su persecución de mis actos, su pantomima cósmica» («Los espejos velados», *El hacedor*). Surgen aquí nociones cardinales: «la multiplicación espectral de la realidad». Porque la realidad reflejada es ésta y es otra. También es otra que no se detiene en lo que está adelante. Hay más. Un «más» inexplicable. Otro concepto: el «continuo funcionamiento». Porque la serenidad del espejo es activa. Una quietud contenida que puede transformarse —y se transforma— en movimiento. Otra figura borgeana sobre los espejos: la «pantomima cósmica». Porque es un silencio que logra animarse con gestos y formas en un lugar que, sin límites, refleja límites. En el tema «La dicha» (*La cifra*), acentúa el misterio cuando dice: «En el espejo, hay otro que me acecha». El «otro» puede ser él mismo, atrapado por las posibilidades de tiempos que se convocan en el secreto de los reflejos.

El espejo procura una independencia. Crea una relación entre el «aquí» (frente a él) y el «allí» (en él). El «aquí» y el «allí» parecen confundirse, constituir lo mismo, pero son, en verdad, una separación que une. Una suerte de independencia. El «allí» comienza por reflejar la mano que pretende taparlo.

En «Los espejos» (*El hacedor*), dice Borges: «Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro/paredes de la alcoba hay un espejo,/ya no estoy solo. Hay otro. Hay un reflejo/ que arma en el alba un sigiloso teatro». Reitera el concepto de «otro (él mismo) en el espejo». Pero, en la composición «La dicha» —ya citada—, el «otro» acecha. Aquí ofrece la posibilidad de una compañía («ya no estoy solo»), aunque en medio de «un sigiloso teatro». Expresa nuestro autor: «Hay que mostrar un individuo que se introduce en el cristal y que persiste en su ilusorio país, donde hay figuraciones y colores, pero regidos por el silencio» (*Inquisiciones*). Nuevamente, surge la separación que une en una persistencia sin pausas, que produce perplejidad: «Todo acontece y nada se recuerda/en esos gabinetes cristalinos». («Los espejos», *El hacedor*).

Esa perplejidad ante el espejo se puede relacionar con su propia idea de otro de sus símbolos: el laberinto. En «Abenjacán el Bojarí» (*El Aleph*), expone Borges: «La solución del misterio es siempre inferior al

misterio». Por su parte, expresa Horacio Salas: «Sus laberintos poseen como característica el agregado del espejo, que multiplica y confunde las salidas; las obstruye con correspondencias reflejadas ante el infinito» (*Borges, Una biografía*). Ello, en cierta manera, le ocurre al personaje de «La casa de Asterión» (*El Aleph*).

Múltiples serían las citas sobre espejos y laberintos como temas en la producción de Borges. Las efectuadas en el presente trabajo son, simplemente, una limitada posibilidad.

Quizás, el espejo es una realización purificada del laberinto. Como éste, puede tener líneas, círculos, curvas, formas y más formas. Por supuesto, hay diferencias. El laberinto parece conducir a situaciones caóticas. En cambio, el espejo ofrenda placidez. Es posible que el espejo refleje también cosas caóticas, pero no resulta ésa su misión, su único camino. El espejo da una sensación de serenidad. Está quieto, casi plácido. Muestra disposición para todo lo que se le presente. ¿Si asoma el caos? Lo refleja, sí, pero no lo convoca. El espejo da una permanente oportunidad a las cosas serenas. El laberinto rechaza —tal vez— esa oportunidad.

¿Cuál de ellos está más cerca del infinito? No se sabe. Espejo y laberinto conocen (¿conocen?) la sustancia del tiempo. Borges los une con sus diferencias. Y no como cerramiento para el ser humano.

Repetimos lo dicho al comienzo: la «explosión borgeana» —un quedar para siempre— se debe a que es un gran significador en la ejemplaridad de sus formas. Respecto de los espejos, los indaga, los analiza, los describe porque, tal vez, encuentra en ellos un secreto en el cual la abstracción se hace un poco presente.

Dice Borges (*El libro de arena*): «Las palabras son símbolos que postulan una memoria compartida». En su obra, emplea la altura de esos símbolos para explicar, formal y sustancialmente, otros símbolos, en los cuales el tiempo se convoca para demostrar su trascendencia indetenible.

